# ÍNDICE DE 1906

**Epílogos del mes.**



**Por los libros y revistas.**

Se ha dado cuenta en esta Sección de *La fascinación en España*, por R. Salillas; La Teosofía en Buenos Aires (33); *Marco Aurelio y el mundo antiguo*, por Renan; *La voluntad como medio de prolongar la vida*, por Finot (73); *Constitución del pueblo español*, por V. Gay. La avaricia. Los secretos de Eleusis (113).

**Notas, Recortes y Noticias.**

En esta Sección se ha dado cuenta de los siguientes asuntos: Una confirmación sobre las auras humanas. Las profecías de primero de año. El ojo humano como revelador (37). La generación espontánea. La cura por la luz (78). Un mito sobre los orígenes. Contra el cáncer (153). Los fenómenos volcánicos. Un fenómeno extraño. El empleo del cobre Una poesía inédita de Edgard Poe. Hacia la piedad por el arte (192). Un caso de somnambulismo (437).

**Bibliografía.**

Se da cuenta de las obras de: Ellen S. Caskell, Dacier, Annie Besant, Miguel Molinos, Santini Riols, Peebles; Tokarsky, Granés, R. Darío, P. Mulford, Th. Pascal, G. R. S. Mead, J. Antich, Diego Ruiz, López Gómez. Valenzuela, Rapp, García Ruy-Pérez, N. Fernández, J. F. Calderón, C. Richet y otros.

Establecimiento tipolitográfico de J. Palacios. Arenal, 27 y Lista, 10.—MADRID

# ΣΟΦΊΑ

## Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD





AÑO XIV


# SOBRE LA PIEDRA BLANCA

Un año más.

Ha pasado un año. ¿Y qué significa un año? Un año es una mirada hacia atrás, cuando se mira al pasado; una mirada á lo futuro, cuando se mira adelante.

Constantes peregrinos en nuestra marcha hacia la Unica Verdad, nos detenemos de tanto en tanto, y he aquí que ha llegado un momento de reposo. Aquí está la piedra que nos espera para recoger nuestro cansancio y prestarnos nuevas fuerzas para la carrera que debemos proseguir.

Esta es la piedra blanca sobre la cual, las cabezas cansadas por las ideas, sueñan esos sueños dulces que persisten en los ojos de los felices que han descansado sobre la verdadera paz. Es la piedra de los sueños, inmaculada, tersa, con tiesuras de cojín almidonado, inalterable por ningún peso, por ningún dolor que tenga forma de cabeza, y que puede partirse, sin embargo, por un suspiro como la piedra de la Kabah se ennegreció y se quebró luego por las desdichas de los hombres.

Un año más.

He aquí que rendidos no ha mucho en la peregrinación que hacemos, descansábamos también sobre una piedra semejante, y al despertar para seguir la etapa que ha concluído, hicimos hace un año lo que hoy hacemos. Sacrificar sobre la piedra de

los sueños y elevarla á los cielos como un título. (Génesis XXVIII, 18).

Nuestro esfuerzo no ha sido estéril, nuestro quehacer no ha sido vano. La enseñanza teosófica se ha extendido y difundido como podía y merecía extenderse y difundirse. El que ha querido saber se nos ha acercado, los que quieran saber en lo futuro se nos acercarán más adelante. La creciente publicidad de nuestras obras nos augura un gran número de interesados que, desconocidos aún, nos son adivinados con todas sus inquietudes y zozobras. Vendrán. Pero no es menester que vengan, pues ya concurren con nosotros por su amor á la Verdad en la gran comunión de las inteligencias.

La gran crisis de las almas va á decidirse en un plazo que no puede precisarse, pero que no está muy lejos de tocar á su término. La fraternidad humana es mayor cada vez, y después de estas catástrofes que han ocurrido hace poco, las revueltas, las luchas, la gran guerra de Oriente, la humanidad vuelve sobre sí más purificada y más apta para el amor, porque ha conocido los terribles poderes de los odios. La mente va á fundar en definitiva el más augusto de los imperialismos concebibles, y los esfuerzos de todos los estudiosos, que se sacrifican por el resto, se van coronando poco á poco por las más espirituales revelaciones de la materia.

Todo estaba previsto. Todo, todo se sabía. Todo se há sabido en un pasado remoto, pero se ha olvidado, porque el odio entre los hombres ha creado en ciertas épocas esas grandes avaricias que sepultaron las riquezas que se descubren ahora.

El odio, la no-fraternidad ha tenido ocultos los secretos egipcios, las ciencias de Caldea, las artes de Persia, los adelantos de tantas civilizaciones muertas, que por amor, sólo por el amor de los hombres, reencarnarán cuando el amor sea fuerte. Entonces, todo lo indescifrable será comprensible y, acabado este horrible paréntesis actual, lo futuro será la sucesión de lo pretérito; el porvenir una continuación del pasado.

Esta es la obra que hemos procurado extender entre todos, la labor á que hemos consagrado los más puros momentos de nuestra mente, y en la que hemos de persistir con más constancia todavía.

En una parte, más que en ninguna, nos cumple realizar nuestro destino, y en ella precisamente ciframos las mejores es-

peranzas. Colocados aquí, puestos en este ambiente que tanto necesita y merece purificarse, habremos de purificarlo para cumplir su destino y el que nos cabe. Lo que se ha perdido aquí, aquí ha de buscarse, empleando para ello todas las energías imaginables y los más puros y nobles pensamientos. Se ha de buscar, además, no lo que se ha perdido en nuestra casa, en nuestro hogar, sino todo lo que se ha perdido en el hogar ajeno por nuestra culpa, tan censurable y sentida.

Y he aquí nuestra significación, nuestro valor, nuestra necesidad teosófica, nuestro deber, nuestro Karma. Uno de los *más extensos*, de los más grandes, de los que piden más abnegación, más pureza mental y más energía para el auxiliar que ha de contribuir á tal obra.

Nuestro trabajo futuro es resucitar, revivir, reanimar, devolver. Devolver, sobre todo, ya que la gran justicia actual es sólo una devolución que se debe. Al lado de la enseñanza ha de ir esa devolución, esa resurrección y presentación de lo oculto, de lo escondido que ha sido ocultado en otro tiempo por el odio y el desamor que ahora se purga, á consecuencia de haberlos mantenido.

Un último día del mal será el día más ocupado de la tierra. El primer día del bien. El día de las grandes devoluciones. El día de los tránsitos, de los transportes. Todos los museos se volcarán sobre los *docks*, sobre los muelles más inmediatos. Con una fiesta suprema se despedirá á la Venus de Milo y con otra tan grande será recibida donde fué hallada. Los dioses volverán á sus templos, los héroes á sus patrias. Su rapto habrá sido una peregrinación divina para ser más conocidos y admirados, pero deberán volver. Todo será devuelto, todo reivindicado. Restauradas todas las cosas.

Pero la gran devolución, es una resurrección definitiva; resucitar un muerto, no con la enfermedad que lo llevó á su sepulcro, sino con la salud que tuvo en sus mejores años.

Este es el sueño que hemos tenido sobre la piedra blanca que nos ha tocado para descansar poco.

Elevémosla á la Verdad como título, sacrifiquemos sobre ella, con sacrificio de paz, y derramado el aceite que alimenta la lámpara, la misma piedra podrá iluminarnos para seguir nuestra marcha.

**La Redacción.**

# La unidad fundamental de todas las religiones.

---

Echando una ojeada sobre las grandes religiones de la humanidad, se ve cuánto tienen de común entre sí en ideas religiosas, morales y filosóficas. El hecho está reconocido universalmente, pero su explicación se discute de un modo muy diverso. Pretenden unos que las religiones han germinado en el campo de la ignorancia humana, donde la imaginación las ha cultivado, elaborándolas gradualmente desde las formas más groseras como el animismo y el fetichismo. Sus analogías se deben así á los fenómenos universales de la naturaleza, imperfectamente observados y explicados de una manera caprichosa. Semejante escuela da como clave universal el culto al Sol y á los astros. Para otra escuela, la clave no menos universal, está en el culto fálico. El miedo, el deseo, la ignorancia, y la admiración han llevado al salvaje á personificar los poderes de la naturaleza, luego los sacerdotes han explotado esos terrores y esas esperanzas, y por medio de sus imaginaciones melancólicas y de sus inquietantes contiendas, los mitos se han transformado en biblias y los símbolos en hechos; y como la base era para ambos la misma, la semejanza en los resultados era inevitable. Así hablan los doctores de la Mitología comparada, y bajo el peso de tal cúmulo de pruebas, las gentes sencillas se callan, aunque no queden convencidas por completo. No pueden, en efecto, negar las analogías; pero se preguntan con una vaga inquietud: ¿las concepciones más sublimes de los hombres, sus más queridas esperanzas no son nada más que el resultado de los sueños del salvaje ó de las adivinaciones de los ignorantes? ¿Los grandes héroes de las razas, los mártires, los héroes de la humanidad, todos los que han vivido, trabajado y sufrido, han muerto en la ilusión bajo la personificación de los hechos astronómicos ó las obscenidades disimuladas de los bárbaros?

La segunda explicación de la base común que existe entre las varias religiones humanas, postula la existencia de una enseñanza original, que indica una fraternidad de grandes instructores espirituales. Semejantes maestros, frutos de los ciclos pasados de la evolución, tuvieron por misión instruir y guiar á la humanidad nacida sobre nuestro planeta. Ellos transmitieron á las razas y á las naciones, á su vez, las verdades fundamentales de la religión bajo la forma más adecuada á las necesidades especiales de aquellos que debían recibirlas. Según este sistema, los fundadores de las grandes religiones son miembros de la fraternidad única, y fueron ayudados en su misión por una pléyade de individuos un poco menos elevados que ellos, iniciados y discípulos de grados diversos, eminentes por su intuición espiritual, por su saber filosófico ó por la pureza de su moralidad. Tales hombres son los que han dirigido á los pueblos nacientes, los que los han civilizado y les han dado sus leyes; como monarcas les han gobernado, como filósofos les han instruído, y como sacerdotes les han guiado. Todos los pueblos de la antigüedad se arrogan así hombres eminentes, semidioses y héroes de los que se conservan vestigios en sus literaturas, en sus monumentos y en sus legislaciones.

Parece muy difícil negar la existencia de semejantes hombres, en presencia de la tradición universal de los documentos escritos subsistentes aún, y de las ruínas prehistóricas, para no citar otros testimonios que recusaría el ignorante. Los libros sagrados del Oriente son los testimonios más fieles de grandeza de aquéllos que los han escrito, así en los tiempos más inmediatos ó en la época moderna. ¿Qué puede compararse con la sublimidad espiritual de su pensamiento religioso, con el esplendor intelectual de su filosofía, con la amplitud y pureza de su moral? Ahora bien; cuando hallamos que lo que esos libros contienen sobre Dios, sobre el hombre y sobre el universo, son enseñanzas idénticas substancialmente, bajo una múltiple variedad en la apariencia, no parecerá poco razonable referirlas á un cuerpo central y original de doctrina. A este cuerpo doctrinal es al que damos el nombre de Sabiduría Divina, que es lo que significa la palabra griega *Teosofía*.

Como origen y base de todas las religiones, á la Teosofía no puede oponerse ninguna otra. La Teosofía la purifica y revela el alto significado interno de tanta doctrina convertida en errónea

en su presentación exotérica pervertida por la ignorancia y la superstición. En cada una de esas formas se reconoce y defiende la Teosofía, tratando también de mostrar la sabiduría que ocultan.

Para ser teósofo no hay necesidad de dejar de ser cristiano, buddhista ó hindo. Basta conque el hombre sondee profundamente en el corazón de su propia fe, que abrace las verdades espirituales con una gran firmeza, y que las comprenda en sus enseñanzas sagradas con un espíritu más amplio. Después de haber dado nacimiento á sus religiones, la Teosofía viene hoy á justificarlas y á defenderlas. Es la roca de donde se han sacado todas, la cantera de donde se han extraído. Ante el tribunal de la crítica intelectual viene á justificar las más profundas aspiraciones y los más nobles sentimientos del corazón humano. Comprueba las esperanzas que nos forjamos para el hombre, y nos da más ennoblecida nuestra fe en Dios.

La verdad de esta aserción se hace más evidente á medida que estudiamos las diversas Santas Escrituras del mundo. Algunas selecciones operadas en el conjunto de materiales disponibles bastarán para establecer el hecho y guiar al invertigador en la búsqueda de nuevas pruebas.

Las verdades fundamentales de la religión pueden resumirse así:

1.ª La Existencia real, única, eterna, infinita incognoscible;

2.ª De *Ella* procede el Dios manifestado desenvolviendo su unidad en dualidad, su dualidad en trinidad;

3.ª De la Trinidad manifestada proceden las innumerables inteligencias Espirituales, guías de la actividad cósmica;

4.ª El Hombre, reflexión de Dios manifestado, se compone por consecuencia de una trinidad fundamental. Su «Yo» interno y real es eterno, y uno con el «Yo» universal; y

5.ª Evoluciona por encarnaciones repetidas, en las cuales es atraído por el deseo, y de las que liberta por el conocimiento y el sacrificio, llegando á ser divino en el acto como lo ha sido siempre en potencia.

Annie Besant.

# LEMURIA

## LA CUNA DE LA PRIMERA RAZA HUMANA

---

He denominado Lemuriana á la primera raza humana, aunque fué la tercera en la serie de las siete razas pertenecientes á este globo, porque, en realidad, era la primera en razón á que sus miembros presentaban alguna semejanza con los que ahora conocemos como séres humanos, por ser los primeros dotados de un cuerpo físico. Las dos razas precedentes á ésta, aunque llamadas humanas, fueron tan sólo embrionarias, consistiendo su humanidad en la posesión de las capacidades para el desarrollo humano incorporadas á estas formas embrionarias, más bien que en la característica humana desplegada por ellos. Por consiguiente, nosotros nos ajustamos en todo á lo que nuestros videntes nos han revelado, juntamente con las tradiciones halladas en las antiguas escrituras, para dar los informes concernientes á estas razas primitivas, habiendo tomado mucha parte de lo que aquí establecemos de la «Doctrina Secreta» y algo también de «La Genealogía del hombre» (Pedigree of man), así como del libro de Scott Elliot sobre «La desaparecida Lemuria».

La historia, en lo poco que abarca, y las condiciones de vida de los Lemurianos, revisten especial interés para nosotros, precisamente porque fueron los más lejanos antepasados de la presente raza, los primeros séres cuya vida semejábase en algo á la nuestra, por grandes y extensivas que pudiesen ser las diferencias. Conforme queda dicho, era la primera raza física, las dos precedentes siendo puramente astrales ó de formas etéreas.

También fué la primera en que las diferencias de sexo estaban claramente caracterizadas, así como la primera cuyos individuos conocieron la muerte. Dice Mad. Blavatsky: «La primera raza no pudo conocer la muerte, y la segunda desvanecióse cual el vapor.» Por último, y esto es lo más importante, fué la raza en la que manifestáronse los primeros albores de la inteligencia, en la que derramábase por completo el torrente de vida

que hace al hombre consciente de sí mismo y de cuanto le rodea, raza en la que encarnándose los Hijos de la Mente para el despertamiento de las facultades mentales latentes, y á fin de enseñar á la infantil humanidad que, abandonada de sí misma, andaría aún á tientas en las tinieblas de la ignorancia.

No debemos olvidar, al hablar de la tercera raza, que ésta perpetuóse durante millones de años, que en ella existieron sinnúmero de subdivisiones y una infinita variedad de grados de evolución, por lo que no puede establecerse comparación alguna entre la primera y la última de las subrazas Lemurianas, la primera de las cuales parecíase mucho á las que la precedieron, pues no fué hasta la cuarta subraza cuando origináronse los cambios transcendentales que transformaron á la remota humanidad en séres humano-conscientes; así es que, cuanto pueda decirse respecto á la Raza Lemuriana, únicamente atañe á su última mitad. Reina considerable obscuridad en cuanto respecta al período en que floreció la Raza Lemuriana, pues verdaderamente no existe posibilidad de establecer con acierto informe alguno sobre la primitiva cronología de nuestro planeta; sin embargo, Mrs. Besant habla de la separación de los sexos al final de la tercera subraza, como habiendo ocurrido hace dieciocho millones de años la raza, habiendo existido ya durante idéntico período, y por la «Doctrina Secreta» sabemos que el último de los terrenos Lemurianos desapareció 700.000 años antes del advenimiento de la Edad Terciaria, por lo que se infiere, que el período Lemuriano coincidió con la Edad Secundaria de los Geólogos, tiempo en el que, debe advertirse, no admite la ciencia pudiera existir el hombre sobre la tierra. Pero aun disintiendo tan extensamente de la Enseñanza Esotérica, en lo referente á la cronología, la existencia del gran continente antiguo denominado Lemuria es reconocida generalmente por los hombres científicos; en realidad, Madame Blavatsky habla de ello como «siendo mitad de la creación de la ciencia moderna» y necesaria, por lo tanto, de ser creída, ya que tal creencia básase principalmente en la semejanza de los fósiles, flora y fauna en comarcas separadas en la actualidad por el vasto Océano; lo que parece suministrar alguna prueba de que, en un tiempo, la configuración de la superficie de la tierra era muy diferente de la actual; en que estos extensos terrenos, grandemente separados, uníanse formando todos parte de un solo é inmenso conti-

nente. Esto evidénciase aún de modo más notable por la formación de los actuales lechos del Océano y por la semejanza de creencias, costumbres y tradiciones entre tribus salvajes que ciertamente no han tenido jamás comunicación mutua.

Interesante es dar á conocer, en tal co-existencia de hechos, de qué manera los modernos testimonios científicos corroboran continuamente la presencia de continentes y antiguas razas desaparecidas. En un artículo del *New Zealand Herald*, de 8 de Abril, se lee: «El viejo Atlántico es una tumba, la tumba de un continente, el sepulcro de una raza.» Pues bien; tal acontece con nuestro nuevo Pacífico, del cual emerge la Isla Oriental para recordarnos cosas que fueron. De la mera existencia de la Isla Oriental, hombres razonadores y de conocimientos profundos han deducido siempre la conclusión de que un desaparecido continente Pacífico era la sola explicación de su sitio en el esquema de una civilización altamente desarrollada, que había llegado al labrado de la piedra en grande y majestuosa escala, á una realización manifiesta del arte escultórico, á la posesión de un suntuoso rito-religioso y á una organización cívica, tal como sólo puede consolidarse por un trabajo perenne y duradero. En estos últimos días, esta poética teoría de un desaparecido continente Pacífico, háse corroborado científicamente por exploraciones geológicas y biológicas en Fiji, cuyas islas afírmase ahora constituyeron parte de un gran continente que se extendía á Australia y Nueva Caledonia, en un tiempo en que la fauna y flora de la tierra encontrábanse casi en un estado muy parecido al presente... Un continente desaparecido no deja de ofrecer interés científico, si estuviese condenado á perecer antes de la presencia del hombre en el planeta... Pero, ¿cuál no fuera ese interés si el hombre hubiese vivido en ese continente; cuál si la civilización floreció en el Pacífico y si todo derrumbóse por algún horrible é imponente cataclismo? Y que tal aconteció, la Isla Oriental ofrece mudo pero irrefutable testimonio, pues aún podemos ver allí trabajos interrumpidos, figuras medio esculpidas cuyos laboriosos artistas fueron bruscamente separados por una muerte imprevista.

Esta misma Isla Oriental, afirma Madame Blavatsky, es una reliquia Lemuria. Ella dice: «La Isla Oriental pertenece á la civilización primitiva de la tercera raza. Sumergida con el resto, una rápida conmoción volcánica del suelo oceánico hizo

surgir intacta á la pequeña reliquia de las Edades Arcáicas, con su volcán y estatuas, durante la época primaria de sumersión de las llanuras del Polo Boreal, cual testigo elocuente de la existencia de Lemuria.

Este gran continente, cuna de la Tercera Raza, debió haber sido un terreno inmenso. Según la «Doctrina Secreta» extendíase magnífico por el Atlántico Indico y Océano Pacífico, cubriendo el área total del Himalaya, abarcando el Sur de la India, Ceilán y Sumatra, pasando casi cerca del círculo Antártico, con Madagascar á la derecha y Australia á la izquierda; desde Australia pasaba á lo lejos por el interior del Océano Pacífico, las islas que hoy día forman la Polinesia, constituyendo probablemente residuos del continente Lemuriano. Desde Madagascar continuaba rodeando lo que ahora es el Sur de Africa, ascendiendo por el Atlántico hasta Noruega. Debe allí, por lo tanto, haber existido una Lemuria Septentrional cual existió la Meridional, pues aún asegúrase haber comprendido la Suecia, Noruega, Siberia y Kamschatha. «El gran depósito inglés de agua dulce, llamado el Wealden—dice Madame Blavatsky—, que todos los geólogos consideran como un gran río primitivo, es el lecho de la corriente principal (Maistoam) que regaba en Lemuria Boreal en la edad secundaria.» Esta descripción refiérese, naturalmente, á la Lemuria en su período primario y en la época de su mayor extensión. Más tarde, cuando la grandeza de Lemuria alcanzó su zénit y aparecieron los síntomas de decadencia, el terreno fué quebrantado por terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas en numerosas y más pequeñas islas, las que, corriendo los tiempos, desaparecieron gradualmente bájo el Océano para hacer sitio á su sucesor el continente Atlántico.

Este vasto terreno era entonces, según dice Haeckel, «la primera cuna de la especie humana». Solar de los hombres primitivos, significando por hombres séres humanos dotados de pensamiento y palabra. ¿A qué se asemejaban estos hombres y cuál era su existencia? ¿En qué se diferenciaban y á qué se parecían? ¿Podemos conocer algo acerca de ellos? Estas preguntas son interesantísimas, aunque sólo pueden recibir una contestación parcial é incompleta; sin embargo, somos conocedores de algunos datos que nos ayudan á formar una idea aproximada, aunque forzosamente bastante imperfecta y obscura. Si hubiésemos podido ver sus formas físicas, consideraríamoslas repulsivas en

grado extremo. Explícase en la «Doctrina Secreta», que cuando los Hijos de la Mente fueron mandados á encarnar en la tierra, á fin de ayudar el desarrollo de la razón, ellos, algunos de ellos descendieron, y al contemplar las viles formas de la tercera raza, las rechazaron y despreciaron, rehusando tomar nacimiento en ellas. No trato de ensayar la explicación de estas alegorías, sino meramente mencionarlo como evidencia de que la forma ó tipo Lemuriano distaba de ajustarse á nuestro ideal de belleza. Color rojo obscuro, estatura gigantesca, cabeza con frente deprimida, mirada estúpida y amenazadora brillando ígnea sobre una nariz aplastada, mandíbulas salientes. Tal es la descripción dada por Mrs. Besant en la «Genealogía del Hombre». Fué también durante el período de esta tercera raza, que los órganos de la visión se desarrollaron, debido á que los sentidos fueron diferenciándose gradualmente, uno en cada raza, oyendo y palpando vagamente en la primera y segunda raza, y viendo sólo en la tercera.

Marion JUDSON

(Se continuará).

# EL PRESERVATIVO DEL ERROR

(ALMONQUID MINADALAL)

POR

## ABUHAMID-MOHAMED-ALGAZEL

(CONCLUSIÓN)

Véase, pues, cómo las objeciones de los talimitas se vuelven victoriosamente contra ellos. Todos sus doctores se reunirán para redargüir. Su doctrina no debe sus progresos sino á sus adversarios, espíritus limitados que, en vez de usar de argumentos lógicos, se toman el trabajo de discutir con ellos y responderlos. De ahí una controversia larga, difusa, ininteligible é impropia para reducirles al silencio. En el caso que uno de ellos venga á decirme: «El mismo sistema de argumentos lógicos puede emplearse contra sí, ¿y cómo responderás entonces?» He aquí cuál será mi respuesta: «Si mi adversario está indeciso y se limita á hablarme de sus dudas sin precisar el problema que las sugiere, yo puedo reprocharle que se parece al enfermo que quiere curarse sin revelar el mal que le aqueja. A un enfermo semejante se le diría: No hay una panacea universal, sino únicamente remedios especiales para enfermedades determina-

das, la migraña, la diarrea, etc.» Del mismo modo yo pregunto al que duda en revelarme la causa de su escepticismo, y cuando me la indica le demuestro entonces la verdad por medio de las cinco reglas de mi balanza, cuya justeza admirará en cuanto comprenda su mecanismo. Comprenderá la precisión de ese instrumento y la aplicación que de él puede hacerse, como el que estudia el cálculo reconoce la exactitud de esta ciencia y del que se la enseña. En mi libro *La balanza justu,* he consagrado cerca de veinte páginas á esta cuestión y á ellas remito á quien me lea.

Desde luego no me propongo demostrar aquí la falsedad de la opinión de los talimitas. Esta cuestión la he tratado primero en mi libro *El Mustazheri;* después en *La Prueba de la verdad* que es una respuesta á cierta teoría talimita que conocí en Bagdad; y luego en la *Exposición de las contradiciones,*tratado dividido en doce capítulos, donde refuto ciertas opiniones que me fueron expuestas en Hamadan; también en el *Kitab el Dudj,* obra dividida en cuadros donde se expone una controversia espinosísima que sostuve contra ella en Thus; y en fin, en *La balanza justa,* obra especial donde he trazado la regla de las ciencias religiosas y he demostrado cómo un imam, es inútil á los que poseen esa regla. Lo único que he querido probar aquí es que los talimitas no tienen ningún auxilio ó recurso contra el error y ningún medio para evitar la confusión en las opiniones.

A pesar de la pobreza relativa en su argumentación sobre el imam yo les he experimentado bastante tiempo. Concediéndoles como cosa demostrada la necesidad de la doctrina y del doctor impecable tal como ellos la definen, pues he querido conocer la ciencia que debían á ese imam y les he propuesto ciertas dificultades. Pero lejos de explicarlas no las comprenden. En su embarazo volvían siempre á ese imam invisible repitiendo: «Será indispensable irle á consultar»; ¡Qué espectáculo tan extraño el de esos hombres que consagran su vida á buscar un maestro, que se vanaglorían de haberle hallado y del que sin embargo no han aprendido nada! Se asemejan á un hombre cubierto de suciedades de pies á cabeza, que se esfuerza en buscar el agua, y que después de haberla hallado no hace uso de ella y permanece con su suciedad. Algunos, es cierto, se dan por sabios; pero su ciencia se limita á reunir algunos rayos de la pobre filosofía de Pitágoras, el más pobre de los filósofos de la antigüedad (1). Sabemos por el tratado de los *Hermanos de la pureza* que Aristóteles refutó y redujo á la nada la doctrina pitagórica. Se extraña uno de que un hombre que cifra su vida en la indagación de la verdad se contente con un sistema tan esquelético é ilusorio y que se crea sin embargo en posesión de la última palabra de la ver-

(1) Es el concepto general de los filósofos árabes que no conocían más *Enciclopedia*, digámoslo así, que la obra Aristóteles enteramente completa en aquella época (R. U.)

dad. El examen, serio y profundo que hemos hecho de la doctrina talimita, nos ha mostrado que se limita á seducir á los espíritus débiles convenciéndoles gradualmente de la necesidad de un doctor. Algunas palabras sensatas bastan con todo para derribar el sistema y confundirle. Por ejemplo, si después de conceder la necesidad de un doctor, uno pide revelar su enseñanza y el provecho que se puede sacar de ella, se limitan á decir: «Nos has concedido un punto, y eso es todo lo que queremos, ahora á ti te toca buscar el imam», porque sabes que no pueden ir más lejos sin confundirse, y que son incapaces no ya para resolver, sino de comprender las dificultades de la ciencia.

Tal es, en realidad, esta secta. Estudiadla, conoceréis su vacuidad y la destruiréis. La experiencia que tenemos de ella nos da derecho para dejarla á un lado.

**Del sufismo.** Terminado el examen de esas doctrinas, me consagré al estudio del sufismo. Vi que para conocerle perfectamente era menester unir la práctica á la teoría. El objeto que se proponen los sufís es el siguiente: arrancar al alma del yugo tiránico de las pasiones, libertarla de sus inclinaciones culpables y de sus malos instintos, á fin de que, purificado el corazón, sólo sea para Dios y para la invocación de su santo nombre. Pero como me era más fácil conocer su doctrina que practicarla, estudié desde luego los libros que la contienen, *la nutrición de los corazones,* de Ibn Talib de la Meca (1); las obras de Hareth el Muharebi; los fragmentos que nos quedan de Chili, de Ibn Zeid Bestami y de otros *scheikhs,* á quien Dios haya santificado. Adquirí un profundo conocimiento de sus indagaciones, y supe de su método cuanto se puede saber por el estudio y la enseñanza oral, demostrándoseme que en último término no podía verme revelado por la enseñanza, sino por el transporte, el éxtasis y la transformación moral del sér. Definir la santidad y la saciedad, penetrando las causas y condiciones es otra cosa que encontrarse bien y estar satisfecho. Definir la embriaguez, saber qué resulta de los vapores que suben del estómago á los más altos hogares de la inteligencia, es también una cosa muy diferente de estar embriagado. El beodo no tiene ninguna idea de la naturaleza de la embriaguez; por lo mismo que está ébrio, se halla fuera del estado de comprensión, mientras que el médico, no hallando bajo la influencia de la embriaguez, conoce los caracteres y las leyes de la misma. El médico, por malo que esté, sabe en qué consiste la salud de que se halla privado. Del mismo modo, entre *saber* lo que es la renuncia, comprendiendo sus condiciones y causas, y *practicar* la renuncia y el abandono de las cosas de este mundo, hay una considerable diferencia. He visto que el sufismo consiste mucho más en

(1) La más autorizada exposición del sufismo, según se dice. Data del año 380 de la hégira. (R. U.)

sentimientos que en definiciones; yo sabía todo lo que el estudio puede enseñar, y lo que me faltaba no era del dominio de la enseñanza, sino del éxtasis y la iniciación.

Las indagaciones á que me consagré, el camino que había recorrido estudiando las ciencias religiosas y especulativas, me habían proporcionado una fe sólida sobre tres cosas: sobre Dios, sobre la profecía y sobre el juicio final. Estos tres puntos fundamentales de la creencia se afirmaban en mí, no sencillamente por argumentos definidos, sino por una serie de causas, de circunstancias y de pruebas que me sería imposible enumerar. Vi que uno no podía esperar conseguir su salvación sino por medio de la piedad y por la victoria sobre las pasiones, lo que suponía, en primer lugar, la renuncia y el desasimiento de este mundo de mentira para volverse hacia la eternidad y la meditación en Dios; en fin, que uno no podía alcanzarla sino sacrificando los honores y las riquezas, rompiendo las ligaduras y los lazos de la vida mundana.

Adentrándome seriamente en mí mismo, vime rodeado y sujeto por todas partes con esos lazos. Examinando mis acciones más honradas, como eran la enseñanza y el profesorado, me sorprendí sumergido en muchos estudios de poco valor y menos provecho para mi salvación. Sondeé el fondo de mi enseñanza y vi que en vez de estar consagrada sinceramente á Dios, la estimulaba tan sólo el vano deseo del honor y de la reputación. Me dí cuenta entonces que estaba al borde una orilla minada por las aguas y que me precipitaba hacia el infierno. Reflexioné bastante tiempo. Un día, presa de mis incertidumbres, me decidí á salir de Bagdad y dejarlo todo; á la mañana siguiente renuncié á mis proyectos. Dí un paso adelante, pero volví en seguida hacia atrás. Por la mañana estaba sinceramente resuelto á ocuparme sólo de la vida futura; por la tarde, una legión de pensamientos materiales me asaltaron, dispersando mi resolución. De un lado, me retenía el mundo en mi puesto, con las cadenas de sus codicias; de otro, la voz de la religión me gritaba: «¡Arriba, arriba! Tu vida toca á su término y tienes un gran viaje que realizar. Toda tu pretendida ciencia no es más que un cúmulo de quimeras y de engaños. Si no piensas entre tanto en tu salvación, ¿cuándo te ocuparás de ella? Si no rompes ahora tus cadenas, ¿cuándo podrás hacerlo?» Mi resolución se fortificó así, pero el demonio, volviendo á la carga, me decía: «Tú estás en una disposición accidental de espíritu. Guárdate de ceder á ella porque se desvanecerá en seguida. Si la haces caso y abandonas esta magnífica y excelente posición, esta gloria exenta de todo trastorno, esta autoridad que posees al abrigo de todo asalto, lo sentirás luego y ya no podrás reconquistarlas.» Así permanecí cerca de seis meses, luchando entre los atractivos de las pasiones mundanas y las aspiraciones religiosas hasta después del mes de Racheb del año 488. Mi

voluntad cedió al fin y me abandoné al destino. Dios acababa de encadenar mi lengua, impidiéndome así desempeñar la cátedra. Inútilmente intenté un día tan sólo reanudar el curso en interés de mis discípulos; mi lengua permanecía muda. El silencio á que me veía condenado sumióme en una desesperación violenta; mi estómago comenzó á debilitarse y perdí el apetito hasta no poder pasar los alimentos. La debilitación de mis fuerzas era tal, que los médicos, desesperando de mi vida, decían: el mal está en el corazón y se comunica á todo el organismo; está perdida toda esperanza si no desaparece la causa secreta de su tristeza mortal.

Sintiendo, por fin, la debilidad y abatimiento de mi espíritu, me refugié en Dios, y él me hizo fácil el heroico sacrificio de los honores, de las riquezas y de la familia. Anuncié mi propósito de ir á la Meca, por más que mi verdadera resolución era establecerme en Siria; pero no quise que ni el califa ni mis amigos la conociesen. Desde entonces procuré por todos los medios abandonar á Bagdad, con el firme propósito de no volver más á ella. Los imames del Irac comenzaron á criticarme de común acuerdo. Ninguno de ellos creía cierto que yo hiciese aquel sacrificio á impulsos de un móvil religioso, siendo, como era mi posición, la más elevada posible en la enseñanza. Surgieron de ahí una multitud de opiniones sobre mi conducta. Los que estaban lejos del Irac la atribuían al temor que sospechaban me inspiraba el Gobierno. Otros, los que veían la insistencia con que aquél quería retenerme, el descontento que mi resolución le inspiraba, y como yo me hacía sordo á sus súplicas, se decían: esto es una calamidad que no puede atribuirse sino á un maleficio lanzado sobre los musulmanes y la ciencia. Por fin abandoné á Bagdad y me deshice de toda mi fortuna, obteniendo solamente autorización legal para conservar lo necesario para mi sustento y el de mis hijos de los bienes que tenía en el Irac, porque éstos, en condición de bienes *vaquif*, son destinados á obras pías.

Me retiré entonces á Siria y permanecí en ella dos años, viviendo en la obscuridad entregado á ejercicios religiosos. No me preocupaba sino de enmendar mi alma y disciplinarla, purificando mi corazón por la oración, practicando los ejercicios que me habían enseñado los sufís. Viviendo así, solitariamente, en la mezquita de Damas, subí á un minarete y pasé mis días en él después de cerrar la puerta tras de mí.

Después me trasladé á Jerusalem, y cada día iba á encerrarme en el santuario de la Roca. De pronto sentí en mí el deseo de la peregrinación, á fin de obtener una completa efusión de gracias visitando la Meca, Medina y el sepulcro del Profeta. Después de una visita al amigo de Dios (1), fuí al Hedjar. Las

(1) Abraham, que se supone enterrado en El Hebron. (R. U.)

aspiraciones de mi corazón, las oraciones de mis hijos me volvieron á la patria, aunque yo estaba firmemente resuelto á no volverla á ver. Yo tenía además el propósito de vivir solitariamente y recogerme en Dios; pero los sucesos, los cuidados de la familia, las preocupaciones de la vida cambiaron mis resoluciones y trastornaron mi retiro. Los contratiempos que padecí en los momentos que podía consagrar á la meditación estática no disminuyeron mi confianza, ni los obstáculos me desviaron de ella; al cotrario, yo volvía sobre la misma con redoblado brío.

Diez años pasaron de esa suerte. Durante esos sucesivos aislamientos me fueron reveladas cosas que me sería imposible enumerar. Todo lo que diré de ello para edificación del lector es esto: sé de buena fuente que los sufís son los verdaderos guías en la vía Dios, y que nada hay tan bello como su vida, nada más loable que su regla de conducta, ni nada más puro que su moral. La inteligencia de los pensadores, el saber de los doctores, los más eruditos en la ley, combinarán en vano sus esfuerzos para modificar y mejorar su doctrina y sus costumbres y no sabrían llegar á ello. Entre los sufís, los movimientos y los reposos, ya exteriores, ya interiores, están iluminados por la luz que irradia del hogar de la profecía. ¿Y qué otra luz podría brillar sobre la faz de la tierra? En una palabra: ¿quién puede criticarlos? Purgar el corazón de todo lo que no es Dios es la primera condición de su purificación. La absorción del corazón por la oración es la clave, lo mismo que el *tekbir* es la llave de la oración, y el último término es el aniquilamiento total en Dios. Yo digo el *último término* respecto del estado que uno puede adquirir por un esfuerzo de voluntad; pero, á decir verdad, eso no es sino el primer paso en la vida de la contemplación, el vestíbulo por donde penetra el iniciado.

Desde que entran en esta vía, las revelaciones comienzan para ellos; llegan así á ver en estado de vigilia los ángeles y las almas de los profetas, oyen sus voces y sus sabios consejos. De esta contemplación de formas, y de imágenes se elevan sucesivamente hasta grados que el lenguaje humano no podría explicar ni definir sin caer en graves é inevitables errores. El grado de proximidad al que ellos llegan es considerado por unos como la fusión del ser *(hulul)*, por otros como la identificación *(ittihad)* y por algunos más como la unión íntima *(wusul)*. Pero todas estas expresiones son falsas, como lo hemos explicado en nuestro libro titulado *El objeto supremo*. Cuando se ha llegado á este estado, uno debe limitarse á repetir estos versos:

No podría, aunque quisiera,
Decirte lo que me pasa;
Pero, mírame feliz
Y no me preguntes nada.

En resumen: el que no llega á la intuición de esas verdades por el transporte no conoce la profecía sino por el nombre. Los

milagros realizados por los santos no son, en realidad, sino las primeras manifestaciones de los profetas. Tal fué así el estado del Apóstol de Dios cuando antes de su misión se retiró al monte Hira para consagrarse á la oración y á meditar, lo que hizo decir á los árabes: «Mahoma se ha hecho amante de Dios.» Este estado puede revelarse á los iniciados por el transporte, y al que no experimenta el transporte, por la práctica y la audición, á condición de que frecuente á los sufís hasta que llegue á una iniciación iniciativa. Tal es la *fe* que uno puede obtener demorando entre ellos, pues ellos son de esos cuyo comercio nunca es penoso. Pero aun cuando uno esté privado de las dulzuras de su compañía, alcanzará á comprender la posibilidad de tal estado (la revelación en el éxtasis) por una serie de testimonios evidentes. Es lo que hemos explicado ya en el tratado *Las maravillas de los corazones,* que forma parte de nuestra obra *Vivificación de las ciencias religiosas.* La certidumbre debida á las pruebas se llama *ciencia;* pasar por el estado que describimos es el *transporte,* y aceptar por la experiencia y la transmisión oral es la *fe.*

Tales son los tres grados del conocimiento, así como está escrito: *Dios elevará á los más altos grados á los que han creído entre vosotros y á los que han recibido la ciencia, porque Dios ve perfectamente lo que sois* (1). Pero detrás de ellos viene una tropa de ignorantes que niegan la realidad del sufismo, acogen sus discursos con incredulidad y tratan de charlatanes á los que los pronuncian. A esa multitud ignorante se les aplica el versículo: *Hay entre ellos hombres que vienen á escucharte; pero apenas te han dejado, cuando dicen á los que han recibido la ciencia: ¿qué es lo que despachan? Esos son á los que Dios ha señalado, porque no siguen sino sus pasiones* (2).

En el número de convicciones que debo á la práctica de la regla sufí se encuentra el conocimiento del verdadero carácter de la profecía. Este conocimiento es de una necesidad tan grande que vamos á exponerle inmediatamente.

**La verdadera profecía. Cómo es indispensable para el género humano.**

La substancia del hombre en el momento en que está creada es vacía, simple, desprovista del conocimiento de los mundos de Dios, mundos cuyo número infinito no es conocido sino del Creador, como dice el Alcoran: *Nadie más que tu Señor conoce el número de los ejércitos* (3). El hombre no llega á esta noción sino con ayuda de percepciones, y cada una de esas percepciones se le da para que comprenda el mundo de las cosas creadas, y nosotros entendemos por *mundos* las diferentes especies de criaturas.

---

(1) Alcoran, LVIII, 12.
(2) Alcoran, XLVII, 18.
(3) Alcoran, LXXIV, 34.

El primer sentido que se revela en el hombre es el tacto, por medio del cual percibe una cierta categoría de sensaciones como el calor, el frío, la humedad, la sequedad, lo suave y lo áspero. El tacto no percibe ni los colores, ni las formas, cosas todas que son para él como si no existieran. En seguida se revela la vista, que le hace conocer los colores y las formas, es decir, lo más vasto que hay en el mundo de la sensación. El oído se abre en seguida y permite al hombre oir los ruidos y los sonidos. Luego se forma el sentido del gusto. Cuando el hombre se puede elevar por encima del mundo sensorial, hacia la edad de siete años, recibe la facultad de discernir y entra entonces en una nueva fase de su vida, y puede recibir, gracias á tal facultad, las nociones superiores á los sentidos que no se encuentran en el dominio de la sensación. Se eleva en seguida á otra fase y recibe la razón, con la cual conoce las cosas necesarias, las posibles y las imposibles; todas las nociones, en una palabra, que no puede adquirir en las fases precedentes de su existencia. Pero más allá de la razón hay un grado superior, una nueva vía que le es dada para conocer las cosas invisibles, los secretos de lo porvenir y otras nociones así inaccesibles á la razón, como las nociones de ella lo eran al discernimiento y las percepciones del discernimiento á las de los sentidos. Así como un hombre provisto únicamente de discernimiento rechaza y niega las nociones adquiridas por la razón, así ciertos racionalistas rechazan la noción de profetismo. Esto es una prueba de su profunda ignorancia, porque ellos no tienen otro argumento que negar el profetismo como una esfera desconocida y que no tiene existencia real, del mismo modo que el ciego de nacimiento que rechazare como imposible la existencia de los colores y de la luz que jamás percibió.

Pero Dios ha querido también aproximar esa facultad á sus criaturas dándoles un estado análogo en sus caracteres á la profecía. Es el estado de sueño. El hombre, cuando duerme, percibe las cosas ocultas que han de suceder, ya claramente, ya bajo el velo de imágenes, cuyo significado descubre la interpretación del sueño. Ahora bien; si á uno que jamás hubiese tenido experiencia personal de tal fenómeno refiriéranle que hay hombres que se aletargan á veces de tal modo que parecen como muertos, y que dejando de sentir, de oir y de ver perciben, sin embargo, las cosas ocultas, desde luego lo negaría y trataría de demostrar su negación, diciendo: las facultades sensitivas son las causas de la percepción; luego quien no percibe las cosas reales y presentes forzosamente no debe de percibir las ocultas y ausentes. Y, sin embargo, la realidad y la intuición desmienten esa especie de silogismo. Por lo tanto, así como el entendimiento caracteriza un período de la vida humana, durante el cual aparece para el hombre un ojo con el que ve diversos objetos inteligibles, inabordables para los sentidos, así también

la facultad profética representa otro período, en el cual aparece para el hombre un ojo dotado de cierta luz, con la que ve las cosas ocultas y los objetos que el entendimiento no percibe.

Las dudas respecto de esta facultad profética pueden versar: 1.°, sobre su posibilidad; 2.°, sobre su existencia real, y 3.°, sobre su aparición en tal individuo determinado.

Su posibilidad se prueba por su existencia, y su existencia se prueba por cuanto que dan en este mundo conocimientos inaccesibles para el entendimiento, como ocurre en medicina y astronomía, por ejemplo. En efecto, todo el que se dedique á cualquiera de estas dos ciencias conocerá con evidencia que ambas no se alcanzan sino por inspiración sobrenatural, por una asistencia especial de parte de Dios; el método experimental es inútil en ellas, porque hay algunas leyes astronómicas cuyo cumplimiento no se verifica sino una vez cada mil años. ¿Cómo podrán, por lo tanto, conocerse por experiencia? Y dígase lo mismo de las propiedades de los medicamentos. Luego queda evidenciado, mediante esta demostración, que es posible que exista un método cognoscitivo capaz de percibir esas realidades inaccesibles para el entendimiento. Ahora bien; no es lo que cabalmente representa la profecía; no es que esta palabra signifique exclusivamente dicha aptitud para percibir cosas superiores al entendimiento, sino que esa aptitud es una de las muchas propiedades de la profecía. Lo que hemos citado no es sino una gota de agua en ese océano, de la cual, si hemos hecho mención, ha sido porque en ti mismo tienes el ejemplo de ella, como lo son las visiones en sueños, y porque en la medicina y en la astronomía encuentras conocimientos de su mismo género. Además de esa propiedad hay, repito, otras muchas, como son los milagros de los profetas, que son un misterio para los sabios, á pesar de la sagacidad de su entendimiento.

Todas esas propiedades del profetismo pueden conocerse únicamente por medio del discernimiento estético ó gusto espiritual que se adquiere entregándose á las prácticas del método sufí. Si no es de este modo, ó por medio de la citada analogía con el sueño, es imposible que llegues á cerciorarte de la existencia del profetismo, pues caracterizándose el profeta por determinada propiedad, incognoscible para ti á causa de que no guarda semejanza con ninguna de tus propiedades, ¿cómo vas á dar fe de su existencia si no la conoces? Ya en los comienzos de la vida sufí, el adepto alcanza ese estado análogo al profetismo y con él cierta especie de gusto para percibir lo que de ese estado análogo se alcanza; pero además adquiere una especie de garantía sobre el resto, que directamente no alcanza por el gusto, fundándose en la analogía. Y con esto que acabo de exponer sobre la sola propiedad basta para que creas en lo fundamental del profetismo.

Si te ocurrieren dudas sobre si un individuo determinado es

ó no es profeta, no podrás resolverlas con certeza sino conociendo sus cualidades y condiciones, ya por examen personal y directo, ya por el testimonio transmitido sin interrupción por personas fidedignas. Efectivamente, después de haber conocido la medicina y el derecho podrás conocer á los faquís y á los médicos, viendo tú personalmente las cualidades de aquellos individuos que se llaman tales ú oyendo sus palabras. Y aunque no los veas personalmente, podrás adquirir también un conocimiento real y positivo de que el Xafeí fué jurisconsulto y Galeno médico, si necesidad de fiarte en el testimonio de otro, con sólo que aprendas un poco de derecho y de medicina y repases después con atención sus libros y escritos.

De la misma manera, una vez que sepas lo que significa el profetismo y hayas leído con atención varias veces el Alcoran y las tradiciones del Profeta, obtendrás ciencia cierta de que Mahoma ocupó el más elevado rango de la profecía; para ello no tienes más que comprobar, mediante la experiencia, la exactitud de sus afirmaciones acerca del influjo que ejercen los actos piadosos y devotos en la purificación del alma; y cuando hayas experimentado la verdad de esas afirmaciones mil y mil veces, entonces podrás estar seguro de que Mahoma es profeta sin ningún género de duda. Sea, pues, éste el método que has de seguir para buscar la certeza de esto de la profecía, y no apoyándote en la transformación de un bastón en una serpiente ó en la división de la división de la luna, porque así únicamente, tiendes á tales fenómenos, sin tener en cuenta las múltiples é innúmeras circunstancias, quizá acabes por pensar que esos hechos son efectos de la magia ó quimeras de la imaginación, y que Dios te ha querido extraviar con ellos, porque así está escrito: *Que Dios extravía y dirige á su antojo* (1). En una palabra: si empleas este último método, siempre encontrarás dificultades en estas cuestiones de los milagros, porque si un dogma cualquiera, para servir de fundamento á tu fe, necesita ser probado por un milagro, tu fe se destruirá así que te encuentres con un dogma difícil y obscuro. Si, por ejemplo, el orden simétrico del estilo es á tus ojos la prueba milagrosa de la profecía, es posible que un discurso ordenado simétricamente para ese fin te inspire una creencia errónea en la calidad de profecía que exponga. Es menester que los hechos sobrenaturales no sean para ti sino elementos múltiples de que se forme tu convicción, sin que te apoyes sobre tal ó cual hecho particular. Es preciso que seas como aquel que, tomando un hecho cualquiera de una reunión de hombres, no puede decir que debe su convicción á uno de ellos particularmente, y no distinguiendo de entre ellos no puede explicar cómo la convicción se ha formado en él.

(1) Alcoran, XXXV, 9.

Tales son los caracteres de la certidumbre científica. En cuanto al transporte, que permite ver la verdad y tocarla con el dedo, no es conocido sino de los sufís. Lo que acabo de decir, referente al verdadero *carácter del profetismo*, basta para el fin que actualmente me he propuesto. Me reservo volver sobre ello más adelante en caso de necesidad.

**Por qué volví á mi enseñanza después de haberla dejado.** En los diez años que pasé en el recogimiento y en el retiro un gran número de verdades, que no puedo enumerar aquí, se me ofrecieron al espíritu. Así, reconocí con evidencia, ya por medio del éxtasis, ya por el encadenamiento de las pruebas, ya por la fe, que el hombre está compuesto de un cuerpo y de un corazón. Por la palabra *corazón* entiendo yo ese espíritu de verdad que es el asiento del conocimiento de Dios y no el órgano material, hecho de carne y de sangre, que poseen lo mismo los séres privados de vida que los animales. De la misma manera que el cuerpo debe su mantenimiento á la salud y su destrucción á las enfermedades, el corazón puede hallarse en un buen estado, como está escrito: *Como no sea para él se acerque á Dios con el corazón sano* (1). O bien según otro versículo: *Una enfermedad reina en su corazón* (2); él es presa de un mal incurable que le apareja la muerte.

Reconocí también que la ignorancia de la idea de Dios es un veneno mortal, y la furia de las pasiones un estado morboso; que el conocimiento de Dios es un remedio para ello y que la sumisión á sus órdenes, dominando á aquéllas, es el único paliativo eficaz; en fin, que el corazón, como el cuerpo, no puede recobrar la salud ni curarse sino por medio de remedios. Ahora bien; los remedios del cuerpo no producen la salud sino por las propiedades secretas que, ocultas á la sagacidad de los sabios, no son conocidas sino de los médicos que las conocen por los profetas, á los que la virtud profética se los han revelado.

Comprendí con la misma evidencia que los remedios del corazón, es decir, las prácticas devotas, tales como han sido definidas é indicadas por los profetas, tienen una virtud secreta que escapa á los esfuerzos de la razón; que es preciso, por consecuencia, someterse á los profetas, á quienes ha sido revelada la virtud maravillosa de esos remedios, no por la razón, sino por la luz profética. Las drogas farmacéuticas se componen de elementos que difieren entre sí en calidad y en cantidad y que tienen pesos diferentes, diferencias que constituyen un secreto particular. De un modo parecido las prácticas devotas, que son las medicinas de las almas, consisten en actos que difieren entre sí en calidad y en cantidad. Así, la prosternación vale por dos inclinaciones, y la *oración* de la mañana es la mitad de la ora-

(1) Alcoran, XXVI, 89.
(2) Alcoran, II, 9.

ción del medio día. Hay, pues, en la diferencia de esas prescripciones, un misterio que forma parte de ese orden de cosas que se revelan, no por la razón, sino por la luz profética. Aquellos que quieren comprender la ley por medio de la razón, los que no creen que proviene de la sabiduría divina, que ha dispuesto así su eficacia, y sí del fortuíto concurso de las circunstancias, patentizan su simplicidad y su ignorancia. Y así como existen en los remedios elementos simples que son la base de ellos y partes accesorias y complementarias que concurren para la eficacia de aquellos elementos, del mismo modo las prácticas obligatorias y las prácticas de supererogación son como el complemento de los principios de la religión. En resumen: los profetas son los médicos de los enfermos del alma. La obra y el mérito de la razón es lo que nos hacen comprender esta verdad, confesar la certeza del profetismo y su propia impotencia para atrapar las verdades, que únicamente aclara la luz profética; es, en fin, cogiéndonos de la mano y llevándonos á los profetas como ciegos que se abandonan á sus lazarillos ó como enfermos desahuciados que se entregan á los médicos llenos de solicitud. Tales son el alcance y los límites de la razón; fuera de ellos, fuera de las verdades que el profeta enseña, no puede dar un paso.

He ahí lo que he reconocido durante mi retiro con una evidencia que equivale á una visión real. Examiné en seguida la debilitación de las creencias respecto al principio y á la verdad del profetismo y en lo referente á la observancia de las reglas manifestadas á la luz por la profecía. Comprobé los progresos de la indiferencia religiosa é indagué las causas de la decadencia y debilitación de la fe en el pueblo. Reconocí que estas causas eran cuatro y que provienen: primero, de que unos se dedican al estudio de la Filosofía; segundo, de que otros se entregan al sufismo; tercero, de que algunos profesan los dogmas de los talimitas, y cuarto, de que alguien se da el título de *ulema* (doctor). Examiné por algún tiempo á los hombres en particular; interrogué á los que abandonan las práticas religiosas, controvertí sobre sus dudas, y sondeando su creencia íntima, la del fondo de su corazón, les hablé en estos términos: «¿Por qué ese abandono? Si creéis que existe una vida futura, el preocuparos de los bienes de este mundo en vez de prepararos para aquélla es una demencia. Vosotros, que no daréis *dos* por dar *uno,* ¿cómo podréis vender lo que es eterno por aquello que puede contarse por sus días? Si no creéis, sois infieles; aplicaros á la persecución de la fe; indagad las causas de vuestra infidelidad oculta y de la temeridad de vuestra conducta, y aunque no confeséis vuestra incredulidad, rendid homenaje, al menos, al islam y á la ley religiosa». A estas razones me contestó uno: «Si la observancia de las prácticas religiosas fuese obligatoria, lo sería, sobre todo, para los *ulemas* (doctores). ¿Pero qué es lo que vemos

entre los más eminentes de ellos? Unos no rezan; otros beben vino; aquél se come el producto de las fundaciones piadosas, la herencia de los huérfanos; otro dilapida el tesoro público y comete toda clase de iniquidades; el de más allá, en fin, se deja corromper por los regalos para dar una sentencia ó para oir á los falsarios, y así todos los demás.»

Otro individuo que se daba como iniciado en el sufismo, me respondió que estaba prevenido en esta doctrina el grado en que la práctica era necesaria. Un tercero me dió otros pretextos que sacó de la falsa doctrina de los *Ibahat,* secta que se aparta de los sufís. Un cuarto, que había frecuentado á los talimitas, me dijo: «Es difícil alcalzar la verdad, el camino que conduce á ella está lleno de obstáculos; las pruebas racionales se contradicen y uno no puede referirlas á las especulaciones de los filósofos. Pero aquel que nos prediça la doctrina es un juez infalible y no tiene necesidad de pruebas. ¿Cómo hemos de abandonar, pues, la verdad por el error?» Un quinto me dijo: «Mi conducta no sigue la norma de una autoridad extraña. He estudiado la filosofía y sé en qué consiste el profetismo: sabiduría y perfeccionamiento; he ahí todo el secreto de su doctrina. El objeto de las prácticas piadosas es refrenar á los que siguen la rutina, apartarlos del crimen, de las disputas y sustraerlos del impulso de las pasiones. Pero ya que no pertenezco á esa multitud ignorante ¿por qué he de seguir tan estrechas obligaciones? Yo soy filósofo. A mí me guía únicamente la ciencia; ella es la que me ilumina y la que me dispensa de someterme á la autoridad de otro.» He ahí en qué consiste la fe de los que estudian las doctrinas de los filósofos teistas ó metafísicos en las obras de Avicena y Alfarabi, los dos filósofos de esta secta que llevan el nombre de musulmanes.

No es muy raro ver que hombres que leen el Alcoran vayan también á la mezquita y asistan á las oraciones públicas y profesen aparentemente el mayor respeto por la ley religiosa. Semejantes hombres, sin embargo, no se abstienen ni del uso del vino, ni de la comisión de obras, acciones culpables y vergonzosas. Si les pregunta uno cómo es que no creyendo en la verdad de la profecía, rezan sin embargo, responden que lo hacen por imponerse un ejercicio útil, para respetar la costumbre de las poblaciones y para poner á salvo su fortuna y su familia. Bien; pero ¿por qué beber vino? La prohibición del vino — me respondió uno — no tiene otro objeto que evitar las contiendas y los efectos de la cólera. Los sabios tales como nosotros, pongo por caso, no tienen necesidad de temer esos excesos, y así usamos de la bebida porque anima y aguza la imaginación. Así es como Avicena en su *Testamento* se propone ante Dios muchas obligaciones, y entre otros preceptos religiosos, el de beber vino por higiene y no por vicio, etc. He ahí á dónde llega la pureza de la creencia y el respeto religioso de ese hombre: ¡á hacer una

excepción en favor del vino á título de bebida saludable! Tal es la fe de esos pretendidos musulmanes, y por su ejemplo se han extraviado muchos que se han obstinado en seguir á esos filósofos, cuando sus adversarios les han atacado con debilidad, poniendo en duda las matemáticas, la lógica y otras ciencias, como ya hemos demostrado rigurosamente antes.

Cuando á mi vez, por consecuencia de tan difíciles causas, vi que la fe se debilitaba en todas las clases, me sentí muy dispuesto á combatir tan vanas opiniones. El conocimiento que había adquirido de sus ciencias y de sus métodos (me refiero á los sufís, á los filósofos, á los talimitas y á los doctores más célebres), me condujo al cumplimiento de esta tarea tan fácil como beberse un vaso de agua. Ha llegado el momento—me dije—; ¿qué ventaja, por mi salud, sacaré del recogimiento y de la renuncia? El mal de hoy es general; los mismos médicos están atacados de él y la humanidad está sobre el borde de un abismo. Inmediatamente se me ocurrió esta objeción: ¿Y cómo podré yo sólo, pobre de mí, disipar esas tinieblas y combatir contra el error? Este siglo es un siglo de decadencia, una edad de vanidades y de mentiras. Apenas me propusiera conducir á los hombres por el buen camino, cuando les vería volverse contra mí. ¿Cómo resistir y mantener la lucha? Eso no puede efectuarse sino por el concurso de circunstancias propicias y con la ayuda de un soberano celo por la religión. Y celebrando con Dios una especie de compromiso, persistí en mis ideas de retraimiento so pretexto de considerarme incapaz de demostrar victoriosamente la verdad. Dios, empero, decidió otra cosa. El califa entonces, movido por un íntimo impulso, independiente de todo influjo exterior, me dió la orden expresa de volver á Nisabur, con el objeto de combatir la debilitación de las creencias. La orden fué tan imperiosa que no pude contravenirla sin exponerme á los mayores rigores. Entonces no pude por menos de decirme á mi mismo: Han desaparecido ya los mayores obstáculos. La indolencia, el amor al reposo y el deseo de ponerse á cubierto de las persecuciones del mundo, no son motivos suficientes para que yo me empeñe en mantener mi apartamiento. No hay que decaer, sino exponerse á las persecuciones de la multitud. Dios lo ha dicho: *Los hombres creen que se les ayudarán en el reposo y así dicen: Nosotros creemos y no se nos someterá á prueba. Pero he aquí que nosotros hemos sometido á prueba á los que les han precedido* (1). Y además dirigiéndose á su apóstol, la más gloriosa de sus criaturas, ha añadido: *Antes que tú los apóstoles han sido tratados de embusteros y soportaron valerosamente las acusaciones y las persecuciones hasta el instante en que les dimos nuestro apoyo. Y es que las promesas de Dios son*

(1) Alcoran XIX, 1 y 2.

*inmutables. Tú conoces, además, las historias de los apóstoles* (1). El ha dicho también: *Por las letras YA* (Y.), *SIN* (S.) *por el Alcoran sabio...* etc., hasta el versículo: *Predica también á los que siguen el Alcoran...* (2) Consulté á este efecto á muchos varones de corazón piadoso y esclarecido por la luz interior, y de común acuerdo me invitaron á salir de mi celda y á quebrantar mi retiro. Muchas personas piadosas tuvieron además sueños sobre el caso, en los que se les reveló que mi marcha sería un síntoma de felicidad para el siglo que iba á comenzar, lo que se acordaba con la promesa hecha por Dios de vivificar su religión al comienzo de cada siglo. Semejantes testimonios fortificaron mis esperanzas y renovaron mi valor.

En consecuencia, partí para Nisabur, con la ayuda de Dios, á fin de llenar esa misión en el mes de Racheb de 499 (Julio de 1106 de J.-C.). Mi salida de Bagdad fué en el mes de Racheb de 488. La duración de mi retiro fué, pues, de once años, partida de la que Dios únicamente fué un instigador, siendo un decreto de su Providencia, y tal pensamiento no dejó de presentarse á mi mente durante mi retiro, así que nunca pude soñar en la posibilidad de alejarme de Bagdad y de dejar la vida contemplativa. «Pero Dios dispone á su gusto de los corazones como de todas las cosas. El corazón del creyente está entre dos dedos de la mano de ese Dios lleno de misericordia». Declaro, sin embargo, que al volver á dar mis enseñanzas no volví á mi pasado. *Volver* significa pasar lo que se ha pasado. Confieso que en otro tiempo enseñar á los hombres las ciencias que les dirigen era la ambición que inspiraba mis palabras y mis trabajos y también el objeto de mis acciones. Ahora la ciencia que profeso enseña á renunciar á los hombres, á menospreciarlos; no puedo tener otro pensamiento ni puedo perseguir otro objeto. Dios sabe que mis intenciones son sinceras. No busco otra cosa que perfeccionarme y perfeccionar á mis correligionarios conmigo. Ignoro si alcanzaré este fin y si me será permitido conseguirlo. Creo firmemente y con toda evidencia que la fuerza y el poder residen únicamente en Dios, que el impulso procede de El y no de mí y que yo obro porque El me hace obrar. Le suplico que me corrija primeramente y que corrija á los demás por mi ejemplo, y llevándome por el buen camino conduzca por él á los otros. Le suplico que me descubra la verdad y que me permita seguirla; que me muestre el error y que me libre de caer en él.

Volviendo á las causas de la debilitación de la fe expone los medios de encaminar á los descarriados y de preservarlos de los peligros que les amenazan. A los que dudan porque se hallan imbuídos de las doctrinas de los talimitas, nuestro libro *La balanza justa* les ofrece una solución suficiente, y no hemos de vol-

(1) Alcoran VI, 34.
(2) Alcoran XXXVI, 1-10.

ver aquí sobre la misma. En cuanto á las vanas teorías del sistema de los *ibahat* ya las hemos estudiado en nuestra obra *Alquia de la dicha,* donde las hemos agrupado en siete clases, perfectamente dilucidadas. Respecto de aquellos á quienes la Filosofía les altera la fe hasta el extremo de hacerles rechazar el profetismo, ya hemos demostrado la verdad de la profecía y la necesidad de su existencia buscando nuestras pruebas en las propiedades de los remedios, de las estrellas, etc., etc. Es para ellos para quienes hemos escrito la introducción precedente, y si hemos postulado nuestras pruebas á la Medicina y á la Astronomía es porque esas ciencias son del dominio de la Filosofía. Los conocimientos que poseen nuestros adversarios de Astronomía, Medicina, Física, magia y satilegios los encontramos así en sus estudios sobre los argumentos á favor de la profecía. En cuanto á los que profesando, de labios afuera, fe en el profeta colocan los preceptos religiosos al mismo nivel y en el mismo rango que la profecía, esos niegan en realidad la profecía, ya que para ellos el profeta no es sino un sabio á quien un destino superior ha colocado como guía de los hombres; pero no es tal el verdadero carácter del profetismo. Creer en el profeta es creer que hay por encima de la inteligencia una esfera donde se revelan á la vista interior las verdades que no puede comprender la inteligencia, así como el oído no puede percibir las cosas visibles ni los sentidos pueden llegar á las nociones intelectuales.

Si nuestro adversario niega la existencia de esta esfera superior, nosotros podemos, en cambio, demostrarle, no sólo su posibilidad, sino su existencia real. Si, por lo contrario, la admite, ¿no reconoce al mismo tiempo que hay en esa esfera algo, es decir, propiedades que el ojo de la razón no puede abarcar; es más, que la razón rechaza como falsas y absurdas? Veámoslo con un ejemplo: Un sexto de onza de ópio es un veneno mental, porque el frío, que es la propiedad de esta substancia, hiela la sangre en las arterias. Así, el físico sostiene que las substancias refrigerantes deben tal propiedad á los dos elementos fríos que dominan en ellos por excelencia, es decir, al agua y á la tierra. Se sabe, sin embargo, que muchas libras de agua y de tierra no podrán determinar en el cuerpo el refriamiento que produce una dosis tan pequeña de ópio. Un físico que no hubiera experimentado esta virtud del ópio la creería imposible, absurda, y se apoyaría en el siguiente argumento: En el ópio hay dos principios: el principio ígneo y el principio acuoso, que no pueden aumentar el refriamiento. Suponiendo que no hay en el ópio más que dos elementos, la tierra y el agua, no podrían, sin embargo, producir ese exceso de frío, y con mayor razón no podrían producirlo combinándose con dos principios cálidos. Pues bien; casi todos los argumentos de los filósofos en las ciencias físicas y metafísicas se vacían sobre ese molde. Tienen ellos sobre cada cosa puntos de vista sistemáticos, según lo que la razón les ha

demostrado, y todo lo que no comprenden lo rechazan como absurdo. Supongamos, por ejemplo, que la verdad de los sueños no es cosa conocida y notoria, como lo es en efecto, y que alguien llega á pretender que los secretos del mundo invisible se revelan cuando los sentidos están atontados; pues esos mismos sabios no dejarían de rechazar una aserción semejante. Y también si se le dijese á uno de ellos: ¿Es posible que exista alguna cosa en el mundo del tamaño de un grano de trigo que llevada á una ciudad la devore y se devore á sí misma luego, de tal modo que no quede nada de la ciudad y de esa cosa? Seguramente que él creerá que es imposible, que es un cuento ridículo. Tal es, sin embargo, el efecto del fuego, efecto que atestiguará el que lo haya observado por sus propios ojos. Rehusar, pues, la creencia en los misterios de la otra vida es una cosa parecida. Nosotros decimos al físico: Puesto que estás obligado á reconocer en el ópio una virtud refrigerante que escapa á las inducciones de la razón que estudia la Naturaleza, ¿por qué no admitir también en las disposiciones de la ley religiosa ciertas virtudes propias para curar y purificar el corazón, que no perteneciendo tampoco á la razón no son perceptibles sino á la vista de un profeta?

Pero yo voy más lejos. Esos sabios admiten en sus escritos cosas más maravillosas todavía que las de la religión. Así, entre las propiedades secretas y reconocidas como eficaces para los alumbramientos, aceptan la figura siguiente (1):

| | | |
|---|---|---|
| 4 | 9 | 2 |
| 3 | 5 | 7 |
| 8 | 1 | 6 |

Se traza esta figura sobre dos vasos de arcilla donde jamás

(1) Esta parece que debe ser la verdadera forma del cuadro mágico á que hace referencia Algazel, y digo éste, porque varía en casi todas las ediciones, ya originales, ya en las versiones, lo que se debe al descuido de los copistas y á la ignorancia de los traductores.

Traducidos estos números á letras árabes, que es como se han numerado generalmente aunque haya signos especiales para los números, y puestas estas letras en caracteres latinos, el cuadro anterior se resuelve en el siguiente:

| | | |
|---|---|---|
| D. | T. | B. |
| G. | H. | Z. |
| H. | A. | V. |

Y leyendo de izquierda á derecha las letras (números) de las esquinas tenemos la palabra *beduh*, que algunos orientalistas dicen que es uno de los nombres de Dios.

Lo probable—y esto es una opinión nuestra—es que todos los cuadrados mágicos no sean sino oraciones (invocaciones ó recetas), escritas abreviadamente. expuestas en una forma capaz de retenerse. Hoy se nos ofrecen como un capricho matemático, como especie de juego; pero antes, en su origen, fueron indudablemente algo serio y verdadero. (R. U.)

se ha vertido agua, y colocándolos bajo los pies de la parturienta, se los mira atentamente y así la mujer se alivia. La figura en cuestión, que aceptan ellos sin duda alguna por sus maravillosas virtudes, se compone de nueve casillas, en cada una de las cuales se pone un número especial; la suma de esas cifras en sentido horizontal y diagonal da siempre 15. ¿Cómo es que él cree en la virtud de un talismán semejante que rechaza la división de la oración de la mañana en dos *rakaats* (1), la del medio día en cuatro y la de la puesta del sol en tres, división motivada por la diferencia de las horas, y cuyas propiedades impenetrables á la razón no pueden revelarse sino por la luz profética? ¡Es cosa extraña! La diferencia de las horas la admite nuestro adversario sin dificultad cuando se trata, por ejemplo, de expresiones astrológicas, como en el problema siguiente: ¿Un tema judiciario no varía según esté el sol en el meridiano, en oriente ó en occidente? ¿No es por la diferencia de elevación del sol por la que los astrólogos regulan las variaciones del nacimiento y las de la duración de la vida y de los destinos en sus pronósticos?

¿Hay, por tanto, una diferencia entre el medio día y el momento en que el sol *comienza* á declinar, entre el ocaso del sol y su paso á las regiones occidentales? Ciertamente que no, y para admitirlo es menester remitirse á los asertos de un astrólogo, del que se han comprobado muchas veces sus errores. Pero la confianza de nuestro incrédulo no altera por ello. Que el astrólogo le diga, por ejemplo: Si el sol está en el meridiano, tu estrella en el nadir y el horóscopo en tal *casa* y te pones un vestido nuevo, tu morirás con ese vestido puesto. A buen seguro que se guardará muy bien de ponerse tal vestido en la hora señalada y que sufrirá las inclemencias propias de la estación. Yo quisiera que se me dijese por qué ese hombre que acepta hechos tan extraordinarios, y que está obligado á reconocer los que pertenecen á un orden sobrenatural de cosas, en el que la revelación á los profetas es un milagro, no quiere conceder la misma confianza á las palabras de un profeta que sea verídico, incapaz de mentir y qué confirma sus palabras por medio de los milagros. ¿Por qué no admite ese hombre la existencia de las mismas propiedades en el número de las prosternaciones, en la ceremonia de la lapidación (2), en los diferentes ritos de la pe-

---

(1) El *rakaat* es la posición que ha de tomar el cuerpo en el acto de orar. Estas posiciones son siete.—(R. U.).

(2) Se refiere á la práctica de arrojar siete piedras en el valle de Mina, prescrita á todos los peregrinos en recuerdo de haber arrojado Abraham de esa manera al diablo de aquel lugar.

Las piedras juegan un papel importante en ciertas prácticas mágicas y supersticiosas. En Aragón, por ejemplo, es costumbre rezar un padre nuestro sobre el sitio donde se ha suicidado un hombre, coger una piedra del camino, besarla y arrojarla sobre el sitio.—(R. U.).

regrinación y en otras prácticas piadosas? Las virtudes de esas prácticas pías y las de los astros y de la medicina, no se diferencian nada.

A esto, es verdad, que podrá replicar el mismo incrédulo: Es que yo he estudiado experimentalmente la astronomía y la medicina y he encontrado la verdad en las ciencias. Esta convicción ha penetrado tan profundamente en mi mente, que no puedo rechazarla. Por lo que se refiere á las prácticas pías, no he experimentado su eficacia. ¿Con qué título podré, pues, considerarlas como reales y fundadas, aun suponiendo que las acepte como posibles?

He aquí mi respuesta á esta objeción: No te limites á admitir lo que tú has experimentado; infórmate de los que han experimentado antes que tú é imítales. Escucha las palabras de los santos, que también han comprobado y experimentado la verdad de las prescripciones de la ley religiosa. Sigue tras sus huellas y una parte de esa verdad se revelará á tus ojos. Pero yo te digo más: aun cuando no hagas esa experiencia, la necesidad de creer y de practicar deberá imponerse á tu razón. Supongamos que un hombre de claro entendimiento, pero ignorante en medicina, cae enfermo. Su padre, lleno de solicitud y hábil médico, y que ha sido reconocido como tal, le presenta una medicina que acaba de preparar, diciéndole: Esto es lo que te conviene y lo que te devolverá la salud. ¿Qué partido tomará el enfermo? ¿Debe aceptar el medicamento por amargo y nauseabundo que sea, ó ha de rechazarle, diciendo: No lo tomo, pues aunque haya alguna relación entre esa medicina y la curación, yo no he hecho experiencia de ello? Seguramente que si tomase este último partido, tú te tendrías por un insensato. Pues bien; los sabios tienen el mismo derecho de dirigirte un reproche semejante si rehusas los socorros de la religión.

Ahora me dirás: ¿Y cómo se puede comprobar la solicitud del Profeta y su perfecto conocimiento de la medicina de las almas? A esto respondo: ¿Y en qué reconoces la solicitud de tu padre? Eso no es una cosa que caiga bajo los sentidos. Adquieres, sin embargo, sobre ese particular una certeza sólida y al abrigo de toda duda, combinando diferentes circunstancias accesorias, diversos actos de su vida que le sirven como de testimonios. Del mismo modo, el que reflexiona en las palabras del Profeta, en las tradiciones auténticas que atestiguan su celo en dirigir á la humanidad la ternura con que empleaba toda clase de medios excelentes para mejorar los corazones y pacificar las diferencias; en una palabra, para trabajar por su salvación en este mundo y en el otro, ese se convencerá de que la solicitud del Profeta por su pueblo ha sido mucho más grande que la de un padre respecto de su hijo. El que examine después los hechos milagrosos que se manifestaron en la persona del Profeta, los misterios que su boca ha recibido en el Alcoran, sus predica-

ciones conservadas por la tradición y tan maravillosamente justificadas por los acontecimientos; ese sabrá de buena fuente que el Profeta ha penetrado en una esfera superior á la de la inteligencia, que ha estado dotado de esa segunda vista que lee en el mundo invisible, accesible sólo á los elegidos, y en los misterios impenetrables á la razón. Así es como ha de procederse para convercerse rigurosamente de la veracidad del Profeta. Lée atentamente el Alcoran, estudia las tradiciones, y la convicción tomará cuerpo en tu mente.

Esta corta exposición bastará para advertir á los que se entregan al estudio de la filosofía. Un problema parecido constituye una de las necesidades más urgentes de nuestra época.

En cuanto á la cuarta causa del mal, la debilitación de la fe á consecuencia del mal ejemplo ofrecido por los sabios, hay tres medios de remediarla:

1.° Se puede responder ésto: El sabio que tú acusas de transgresión á la ley religiosa sabe que la ha transgredido, como tú sabes que faltas bebiendo vino, cobrando una usura, y con más razón, permitiéndote la maledicencia, la mentira y la calumnia. Tú conoces tu falta y te abandonas á ella, no porque ignores que es un pecado, sino porque cedes á tu concupiscencia. La concupiscencia del sabio es de la misma naturaleza que la tuya y le hace sufrir del mismo modo que á ti su imperio. Y de que le sea superior en muchas cosas no se sigue que deba ser objeto de una prohibición particular que le desvíe de un delito especial. Cuántas gentes tienen fe en la medicina y no se abstienen, sin embargo, del uso de las frutas y del agua fría á pesar de la formal prohibición de su médico. Eso no prueba ni que las cosas no ofrezcan ningún peligro, ni que la fe en la medicina esté perfectamente fundada. Semejantes errores son, pues, únicamente imputables á la fragilidad de los sabios.

2.° Se hará observar al hombre ignorante y sencillo que el sabio toma su ciencia como un viático para la otra vida. Cree éste que la ciencia le salvará, que depondrá en su favor y que la superioridad de su mérito será para él como un título de indulgencia; en fin, que si la ciencia es un argumento contra él, puede también colocarle en un alto grado de consideración. Todo eso es admisible, y si el sabio ha descuidado la práctica, puede al menos promover la prueba de su saber. Pero tú, pobre ignorante, si á instigación suya descuidas la práctica, desprovisto de ciencia como te encuentras, perecerás sin que ninguna circustancia hable á tu favor.

3.° Se responderá, y esta razón es la verdedera: el verdadero sabio no peca sino por neglicencia, y no se obstina en la impenitencia. Porque la ciencia verdadera es la que muestra el pecado como un veneno mortal, y el otro mundo como superior al de acá abajo; penetrado de esa verdad, el hombre no debe vencer un bien real por una cosa sin valor. Pero la ciencia de

que hablamos no se debe á los diversos conocimientos sobre los que se ejerce la actividad del hombre; por esto el progreso de sus conocimientos le torna de ordinario más atrevido en su revuelta contra Dios.

La verdadera ciencia, por lo contario, al que la busca más temor y respeto y levanta entre el que la busca y el pecado una muralla. Es menester, en verdad, tener en cuenta los desfallecimientos, resultado inevitable de la fragilidad humana; pero esos desfallecimientos no producen en manera alguna la debilitación de la fe. El verdadero creyente sucumbe, pero se levanta y procura no perseverar obstinadamente en la senda del error.

Tal es la condenación que he creído debía hacer de la filosofía y de la doctrina de los talimitas. Al mostrar los escollos de sus doctrinas, he señalado también el peligro que había en rechazarlas sin método ni crítica.

Yo suplico á Dios Todopoderoso que nos coloque en el rango de los privilegiados y de los elegidos, en el número de los que dirige por la senda de la salvación, de aquéllos á quien inspira fervor para que nunca le olviden, de aquéllos á quien purifica de toda mancha á fin de que nada quede en ella sino él mismo, de aquéllos, en fin, que él llena por completo á fin de que le adoren á él sólo.

# Los malhechores del bien.

*Lo peor no es hacer el mal.*
M. de Unamuno.

Con esta frase, hábilmente desenvuelta del modo más sugestivo y de la manera más clara para que llegue á todos los hombres, acaba de hacer una gran obra de edificación y de paz, de profunda y de firme teosofía, el más peregrino de nuestros ingenios, y la mejor esperanza de nuestras letras, Jacinto Benavente.

Se trata de una obra teatral, de una comedia.

Agonizantes las cátedras, deshabitados los templos y enojosos también los que han de lanzar las prédicas, es preciso llevar más amor y más caridad en la enseñanza; y la amabilidad en la forma es la unidad de la caridad en la obra.

Los graves predicadores de las cátedras de la virtud han degenerado en los famosos predicadores del Sueño, de que nos ha hablado Nietzsche.

Más dulzura, más piedad hace falta en la predicación. Así se predicó antes, no en las cátedras cerradas con bancos orde-

nados y una plataforma para el maestro, sino en la plaza, colocado el orador á la misma altura que sus curiosos oyentes.

El genio cómico es más superior y elevado de lo que imaginamos nosotros. Es el eterno no satisfecho que lanza su inteligencia desde el desprecio á lo actual á un futuro mejor no definido, pero sí menos censurable y visible que el presente. Es el sacerdote más amable de la virtud.

Y he aquí lo que ha enseñado este sacerdote:

El bien ha de hacerse bien; si no se hace bien, se hace mal. Hacer bien no es hacer nuestro bien, el nuestro, sino el bien ajeno, el del prójimo, el suyo, el que le pertenece por derecho propio.

El bien no es de esta escuela ó de aquella otra, de esta moral ó de aquélla, sino de la única moral que existe, de la única religión, de la religión de la Verdad, la más grande y la más elevada.

Hay quien cree que hace el bien, y hace sólo lo bueno, es decir, lo que no puede llevar siempre al bien ajeno, sino á la satisfacción del egoísmo humano, del bien propio, de la satisfacción nuestra pero no del prójimo.

Los individuos que viven en tal país, obrando de ese modo no viven en la Moralidad, la única nación de los verdaderos hombres, de los verdaderos humanos; viven en un rincon del país más desdichado, en una ciudad cursi, impotente *hasta* para la inmoralidad suprema, viven en Moraleda, en la nación que parodia dentro de un gran país de la Moralidad, donde puede desarrollarse «la farándula», por donde pasa toda esa «gente conocida» que no tiene esa «noche del sábado» que tiene las almas fuertes, que se rediman por encima de todo sin egoísmo alguno, haciendo verdaderos «sacrificios» para llegar á la alta cima donde llega el «alma triunfante», libre, depurada, buena.

En una fábula amena, agradable, comprensible para todos, se dice á la sociedad cómo debe hacer el bien. He ahí la obra de nuestro amigo. Una obra santa, una obra buena.

Ahora alegrémonos porque el bien está bien hecho.

Rafael URBANO

# POR LOS LIBROS Y REVISTAS

**La ciencia de mañana y el misticismo medioeval.** Mistres Cunninghame Graham, la famosa escritora que ha tratado mejor que nadie la figura de la santa de Avila, ha publicado recientemente un precioso ensayo que lleva por título las líneas precedentes.

El agudo y penetrante espíritu de la distinguida escritora se manifiesta una vez más en este trabajo, que no queremos juzgar ahora en toda su extensión é importancia porque esperamos la autorización de la misma para ofrecerlo en lengua castellana á nuestros lectores.

A título de anticipo indicamos únicamente nuestro propósito, y esto nos parece suficiente para llamar la atención de nuestros lectores sobre tan importante trabajo, que desde luego ha de satisfacer la curiosidad de nuestro público y que ha de ser tan bien acogido como se merece.

El trabajo de la Sra. Cunninghame Graham merece, por otra parte, una gran atención, porque se trata de una obra que aunque breve, no tiene más que quince páginas, es muy sólida y firme. Escrita sin prejuicio alguno, es además una hermosa y simpática confirmación de la enseñanza teosófica, á la que manifiesta la distinguida escritora una inclinación que nada tiene de forzada, y sí se ofrece como la natural consecuencia de una fina y exquisita disciplina intelectual.

**La fascinación en España.** Hace tiempo, en otra ocasión, hemos hablado á nuestros lectores de este precioso trabajo del profesor Salillas, una de las glorias nacionales de la ciencia española. Ahora, corregido, terminado y presentado con el mayor esmero, aparece como un libro definitivo y concluyente.

El asunto está tratado con todos los requisitos y las exigencias de la ciencia contemporánea; es un estudio digno de parangonarse, como creemos haber dicho en su tiempo, con las mejores indagaciones hechas en el extranjero; vaya como ejemplo la célebre obra de Frazer.

Las conclusiones á que ha llegado el Sr. Salillas sobre la creencia en el mal de ojo ó aojamiento son:

«1.° Que la creencia en el mal de ojo es de origen primitivo y tan arraigado, que subsiste, no obstante el influjo disipador de las preocupaciones.

*

2.º Que la creencia ha sido general y tiene en todas las regiones algún vestigio.

3.º Que varía de intensidad según las localidades y las capas sociales.

4.º Que apreciándola en su distribución regional, parece más intensa en Galicia, Asturias, Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y algunas provincias andaluzas, y menos intensa, en parte borrada, en las provincias Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia.»

Examinando los medios prácticos (amuletos) que se emplean en España para combatir el mal de ojo, el ilustre profesor ha trazado una excelente clasificación, y por ella se ve que la *superstición* es general en la Península, y que el remedio universal para conjurar el daño es la aplicación de los evangelios sobre la faja de los niños, lo que si realmente no indica un origen cristiano de la superstición, sí una aceptación de la superstición por el cristianismo del carbonero, por ese cristianismo fácil y sencillo de los humildes y de los últimos.

La testificación de este hecho es de la mayor estima, pues analógicamente, en órdenes de una indagación superior, muchas cosas que parecen cristianas, lo son únicamente por adopción, como lo es la superstición del mal de ojo, anterior al cristianismo, ya que antes de él podemos observarla en muchísimos pueblos.

La obra del Sr. Salillas no es, sin embargo, más que un estudio hecho con la información promovida hace unos dos años por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid. Es una sistematización positiva de los datos aportados sobre el particular por informadores espontáneos y de buena fe. Se trata únicamente de exponer y manifestar un hecho supersticioso, sin explicarlo de ningún modo más que como el mismo hecho se explica á sí mismo, esto es, de un modo insuficiente y contradictorio. No se trata, pues, como podría sospechar alguien, de una contestación racional y definitiva á la pregunta que cada cual puede hacerse en presencia del *fenómeno*. ¿Qué hay de verdad en *eso* del mal de ojo?

El Sr. Salillas termina así, prudentemente, su estudio-exposición con estas palabras:

«En las creencias populares, que demuestran la tenacidad y el arraigo comprobado en lo que concierne á la fascinación, es presumible, no tan sólo un primitivo fundamento en una creencia radical, sino sucesivas incorporaciones que, en España y en algunas regiones españolas, han sido mayores por la diversidad de pueblos y de razas que históricamente han convivido en este suelo. De manera, que sobre los hechos comprobados hace falta, para las finalidades y consecuencias de esta información, precisar, si se puede, la particularidad del origen de cada costumbre, y este es un estudio que de por sí merece que lo acometa

una persona suficientemente preparada y con ánimo de investigador pacienzudo.

Por nuestra parte, nos limitamos á poner término á la tarea con el «se continuará»—por quien la continúe—, que es inherente á la mayor parte de las obras de investigación de hechos naturales ó sociales.»

El trabajo del Sr. Salillas es así un verdadero avance, una buena preparación del terreno para una investigación y un examen más detenido del asunto. Lo que urge ahora es la contestación á la realidad del hecho y al valor que en sí contiene.

**La Teosofía en Buenos Aires.** En *El Diario* de Buenos Aires, nuestro hermano, el Presidente de la rama «Vi-Dhamah», D. F. W. Fernández, ha publicado un interesante artículo informando del desarrollo que en aquella capital ha tenido la enseñanza teosófica. He aquí lo más interesante del trabajo de nuestro excelente amigo:

El conocimiento de la Teosofía llegó á esta capital en 1892, y dos años más tarde, un grupo de hombres, con grandes anhelos de verdad, fundó la primera rama de la citada Sociedad.

Sus trabajos fueron difíciles en un principio por la carencia absoluta de libros teosóficos en esta capital y la dificultad de obtenerlos en nuestro idioma, pues habiendo llegado el dato teosófico á Inglaterra desde la India, todas las obras estaban escritas en inglés.

Subsanado con el tiempo este inconveniente por los esfuerzos de algunos intelectuales de Madrid, se vertieron á nuestro idioma las obras fundamentales *La Doctrina Secreta* é *Isis sin Velo*, escritas por H. P. Blavatsky, quien para hacerlo utilizó los conocimientos adquiridos en varios años de residencia en la India.

La primera de esas obras es un monumento de sabiduría, de aquélla que iluminó á las primeras humanidades que fundaron esas grandes civilizaciones del pasado, muy superiores á la pretendida que hoy poseemos, y cuyas ruinas son hoy todavía el asombro de los viajeros europeos.

En los últimos años del siglo pasado, la Sociedad Teosófica de Buenos Aires contaba en su seno hombres que han figurado con distinción en nuestro Parlamento, por su saber y su oratoria, con otros que han sido ministros en la primer provincia argentina, con periodistas que ocuparon un alto rango en el estadio de la prensa de la capital federal, y con escritores cuyas obras se leen hoy con interés y que ocupan un elevado puesto en la dirección de nuestro magisterio nacional.

Este elenco de hombres intelectuales y pensadores ha trabajado en silencio, nutriendo su espíritu con las profundas enseñanzas de la «Sabiduría antigua», de esa sabiduría que no se habla en las páginas corrientes de los novelistas contemporáneos, cuya lectura, deleitando el espíritu, ha llevado á muchas almas románticas al suicidio, ó á ser actores en dramas que han terminado por la disolución de una familia.

De la Argentina pasó á Chile el conocimiento de la Teosofía, y hoy

hay allí tres ramas de nuestra Sociedad, las que, como las logias masónicas de los siglos XV y XVI, tienen que reunirse en secreto en el deseo de evitar persecuciones del clericalismo retardatario.

También partió de aquí á Montevideo la primer palabra de verdad, recogida con entusiasmo por un hombre que contemplaba con dolor el triste cuadro de su patria, devastada por los rencores partidarios, quien fundó una rama y una escuela de teosofía.

Un Centro teosófico de la provincia brasileña de Río Grande del Sur nos ha pedido libros y le hemos enviado todos los que sobre nuestra doctrina se han impreso aquí, y debo decir, en honor de nuestros vecinos, que el mayor número de lectores sudamericanos de las revistas teosóficas alemanas, inglesas y francesas los posee el Brasil, desde el alto Amazonas hasta Yaguaron.

No vive y crece, señor director, sino aquello que tiene por base la verdad, y el secreto de la conservación de todas las religiones en el mundo reside precisamente en que poseen un fragmento de la sabiduría divina, tomado de esa gran fuente de verdad venerada y custodiada desde los comienzos del mundo por los elevados séres que dirigen la evolución de la humanidad. Esa verdad es la que se propone difundir en Occidente la Sociedad Teosófica, la que con tal fin fundó su primera rama en Nueva York en 1875, y hoy cuenta con 800, esparcidas en el mundo entero.

La Teosofía ha venido al mundo occidental á iluminar y dar mayor prestigio á las religiones, pues como he dicho, todas tienen su origen en la sabiduría divina, y muchas de ellas están hoy decadentes en el espíritu de los intelectuales modernos, porque no comprendiendo el significado de sus ritos, símbolos y alegorías, se creen en el templo como en el teatro, donde las bambalinas de cartón ó de lienzo pintado nos dan la ilusión de lo que en realidad no existe. Por esto, un distinguido fraile decía muy bien el otro día en la redacción de un diario de la tarde «que los teosofistas éramos la aristocracia de la religión».

La más elevada filosofía y la más verdadera que se enseña hoy es la que se encuentra en los libros de Teosofía.

Nadie negará, señor director, que vivimos en un mundo de mentiras y mistificaciones, que tenemos como cosas reales en todos los órdenes del conocimiento humano, y que, cuando algún ser adelantado, como Edison, Nicola Tesla ó Marconi, con vislumbres del más allá, nos presenta algo nuevo, pisamos, á pesar nuestro, en el dintel de ese mundo del misterio, con el cual sólo las almas selectas tienen lanzado un puente de comunicación.

«La radioactividad nos acercará más al conocimiento de Dios», me decía el otro día el ilustrado dominico fray Enrique Sisson, quien al expresarse así sostenía una gran verdad, pues aquélla es una fuerza oculta regida por una ley inmanente y divina, cuyo conocimiento y utilización por el hombre le hacía comprender que hay algo superior, algo que no se toca con las manos, pero que, sin embargo, existe, que crea, por medio de su voluntad, desde el último infusorio hasta los mundos què giran en el espacio; y esa fuerza podrá ser empleada, lo mismo como vehículo del pensamiento, desde Italia á Buenos Aires, como también para enviar una corriente magnética que lleve la salud á un enfermo á cientos de leguas, como ha sucedido ya, curando desde esta capital enfermos casi agónicos en Montevideo y Santiago de Chile.

Esto no ha de sorprender á quien recuerde las experiencias de Ricard en 1844, en Francia, quien por medio de la acción magnética y de la voluntad activaba la marcha de las mulas y hacía que no lloviera donde él se encontraba.»

**Por las revistas.** En *The Theosophical Review* véase *El enigma de la esfinge,* traducción de G. R. S. Mead, y *El alto fanatismo,* de W. Gorn Old.

En *The Theosophist, La humanidad futura,* de C. W. Leadbeater, y *Tolstoi, su vida y sus enseñanzas,* por Miguel Wood.

En *Theosophia,* de Amsterdam, aparece vertido al holandés el estudio sobre Molinos, de nuestro hermano el director de SOPHIA, Rafael Urbano. Es una deferencia que agradecemos vivamente.

RUG

## Notas, Recortes y Noticias.

---

**Una confirmación sobre las auras humanas.** La reciente publicación de la obra de Annie Besant y C. W. Leadbeater, *Ihought forms,* que tantas sorpresas ha producido á los apegados á la rutina positivista, y que alguien ha querido poner en ridículo, sin tomarse el trabajo de examinar la obra á fondo, ha recibido una confirmación como puede verse en las líneas siguientes que tomamos de *La Verdad,* de Buenos Aires.

La Teosofía sostiene y lo prueba que las fuerzas sutiles son las más poderosas en el Universo, pero la ciencia médica materialista no lo ha querido reconocer hasta hace muy poco tiempo, en que vencida por la elocuencia de los hechos, lo reconoce ya oficialmente.

El periódico de medicina titulado *Le Journal des Praticiens,* del 19 de Agosto de este año, dice bajo el título de *Aureolas neuropáticas:*

«Parece indudable que una forma de energía, á la vez luminosa y motriz, emana del cuerpo humano. Los efectos motores pueden ser constatados experimentalmente con la ayuda de un instrumento especial, el *Estenómetro,* presentado por el Doctor Paul Joire (de Lille). Los efectos luminosos de observación menos corriente se manifiestan bajo forma de lumbres que se desprenden de las extremidades.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

«Creemos en la emisión de una forma de energía especial.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»En las sesiones de espiritismo han sido constatadas muchas veces esas emanaciones luminosas.

»Hace 20 años se hubieran reído de semejantes afirmaciones.

»Era el período del materialismo científico. Hoy, que todas esas cuestiones de energética han tomado posesión del dominio científico, cambian de orientación las ideas generales.

»Sabemos que además de la materia existe otra cosa. El mundo de la energía ó mundo inmaterial está demostrado, y su conocimiento hará vacilar muchas opiniones que se creían seguras de lo que poseían.»

**El catecismo buddhista.** La publicación de la versión española del *Catecismo Buddhista,* del presidente H. S. Olcott, no será tan inmediata como habíamos anunciado en el mes anterior, y la razón de semejante retraso es que la versión anunciada, en obsequio á los lectores españoles, llevará las correcciones y aclaramientos que Sumangala y el Presidente H. S. Olcott preparan para la próxima edición inglesa, que no ha de hacerse esperar mucho tiempo.

**Las profecías de primero de año.** El *suave, dulce* é inocente entretenimiento de asombrar á las gentes sencillas con profefecías serias sobre el año que comienza, ha dado ya á su debido tiempo, el mes pasado, todos sus mejores frutos.

Las señoras Flaubert, Kaville, Fraya y Thebes, por ejemplo, para no citar sino las más importantes y conocidas de las pitonisas de á tanto la consulta, han hecho sus predicciones.

Mad. Thebes llama al año entrante *año loco.*

Anuncia para los meses de Enero, Febrero y Marzo, el comienzo de grandes transformaciones y dice: «Persisto en creer que Bélgica está llamada á representar un papel importante en los notables cambios que se preparan, y estos cambios deberán tener decisiva influencia en la situación respectiva de las naciones europeas.»

Después añade una profecía siniestra que es la siguiente:

«Cosa extraña: los indicios perturbadores que he observado en las manos eslavas se multiplican en las manos germánicas, y aseguro que en estos meses la potencia alemana, coloso de pies de barro, se verá singularmente amenazada. Los días de un príncipe, están contados...»

Para el segundo trimestre de 1906, anuncia grandes agitaciones políticas, y un suceso imprevisto en los Estados Unidos de América. Teme la invasión de una gran epidemia y el grave peligro que correrá una personalidad femenina francesa, muy aficionada á los sports.

En el tercer trimestre, prevé grandes cataclismos y perturbaciones atmosféricas y terrestres.

Por último, después de señalar otras manifestaciones análogas, en los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, termina diciendo:

«Observo, ó creo observar, que las razas civilizadas se hallan en estado de agitación y transformismo. Lo repito, todo hierve y ebulliciona. Sometidos á la influencia dominante del Sol en 1906, los hombres se hallan como sobre un volcán.

Las explosiones parciales son indudables en todos aquellos sitios donde el exceso de vapor no pueda ser reprimido.

Sin embargo, creo que lo imprevisto sólo será grave para alguna nación determinada.

«¡Año singular, extraño, loco, extravagante, incomprensible! Parece que empieza un período de grandes aventuras, donde se mezclarán y se debatirán los intereses de todos los pueblos civilizados, de un modo distinto á como se conciben en nuestros días.»

Entre tanto, entre nosotros, los más inocentes y candorosos, harán su pequeña magia el último día del año, la habrán hecho ya, poniendo debajo de la almohada las tres papeletas: *Malo, Bueno* y *Mediano* para saber al azar, muy de mañana el día 1.° lo que les espera. Esto sin perjuicio de rectificar la suerte el día 6 de Enero por medio de la torta de Reyes.

No quiere decir esto que no pueda predecirse lo futuro. Es posible, es seguro. Se puede, indudablemente, pero qué duda cabe que para ver bien las llanuras hay que subir á las montañas. Ahora bien; ¿no es verdad que no todos pueden subir á ellas y que muchos se cansan á la mitad del camino?

**El ojo humano como revelador.** Es conocida la importancia que una determinada escuela criminalógica da al carácter de la mirada de los asesinos, por ejemplo: Hay fenómenos y hechos ocultistas muy relacionados con los vicios: los que se refieren al *mal de ojo* son harto conocidos. En otros órdenes mil frases populares en casi todos los idiomas europeos testifican el ocultismo ocular.

La *sospecha* de que queda en la retina de la víctima el *retrato*, por decirlo así del asesino, es una cuestión antiquísima y rebatida. Como doctrina popular abunda en algunos pueblos de España. Esta cuestión se ha puesto sobre el tapete recientemente en Italia, donde el célebre oculista, el profesor C. Martini, en algunas observaciones personales realizadas por él ha llegado á sostener la realidad del fenómeno. Según este profesor en la retina del asesino se puede observar alguna vez la imagen de la víctima, así como en la retina de ésta el retrato del matador. El hecho no es frecuente, ni constante, pues requiere el concurso de ciertas circunstancias, que puede comprender el lector desde luego: luz, enfocación, irritabilidad nerviosa, etc., etc. El profesor Martini ha llegado á esta conclusión por medio del optalmoscopio utilizado con motivo del reciente asesinato del abogado Bianchi, en Perusa. El citado profesor obtuvo permiso para examinar los ojos del asesino Casale, y obtuvo de los ojos del asesino el perfil de la víctima; y es de advertir que el ilustre oculista no conoció nunca al abogado Bianchi.

La observación de los ojos de la víctima no fué posible, porque había sido enterrada ya. Ha de advertirse también que esta

inspección ha de hacerse muy pronto porque el globo ocular se transforma en seguida. La impresión debe durar menos que en el del asesino, el cual, según el citado profesor, si es nervioso y emocionable, puede conservar la imagen de la víctima cerca de dos ó tres días. La explicación física que puede darse del hecho, una saturación visual de un objeto, es suficiente por ahora. En el caso que ha motivado esta observación el asesino Casale ha manifestado que *realmente* él veía constantemente la cara de su víctima.

Estas manifestaciones han sido publicadas por el profesor Martini en *La Tribuna*, se han discutido mucho y no pocas personas aseguran que se trata de una alucinación del gran oculista, quien se ha limitado á pedir á sus críticos que renueven la experiencia por sí mismo en los casos que por desgracia se repiten con tanta frecuencia.

En el capítulo XV del tomo I de *Isis sin Velo*, de Mad. H. P. Blavatsky, pueden hallar nuestros lectores más detalles sobre estas experiencias, que no son desconocidas y tan nuevas como pueden parecer á quien oiga hablar por primera vez de ellas.

**Publicaciones.** Hemos recibido los primeros números de la revista *Der Buddhist* que, bajo la dirección del Dr. Karl. B. Seidenstücker, ha empezado á publicarse en *Leipzig*, consagrada, como su título indica, al estudio del buddhismo.

—Acaba de aparecer en Londres una preciosa traducción de *La subida al monte Carmelo* de San Juan de la Cruz, debida á la ilustre escritora Mrs. Cunhinghame Graham.

Los elogios que hemos visto de dicha versión en la prensa británica nos autorizan para calificarla como lo hacemos.

—En el *Heraldo de Madrid*, en uno de los números correspondientes al mes pasado, hemos visto las siguientes líneas que transcribimos con gusto:

«Nuestro querido compañero en la prensa, doctor Roso de Luna, acaba de publicar una interesantísima Memoria sobre el «Proyecto de una escuela modelo para la educación y enseñanza de jóvenes anormales.»

Es dicho folleto un magistral estudio acerca de un problema que preocupa ya á todos los Gobiernos y que fué objeto de las deliberaciones de la Sociedad Española de Higiene durante el curso pasado. Abarca, á más de la clasificación práctica de las anormalidades, todo el cuadro de las enseñanzas teórico-prácticas, con arreglo á las últimas conclusiones de la ciencia antropológica, y el presupuesto de su instauración en Madrid.

Falta sólo que el Estado y el Municipio de la corte se preocupen debidamente en este asunto de los abandonados por el Destino para que podamos felicitar al Sr. Roso de Luna por su obra humanitaria.

R.

---

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.